

LA IGLESIA Y LA LIBERACION FEMENINA

Daniel Schipani

Bien observable es el conflicto entre las enseñanzas cristianas sobre el valor de todo ser humano y las ideas opresivas...provenientes del condicionamiento cultural. Si las últimas no contradicen, por lo menos oscurecen la doctrina básica.

Intimamente ligada a esta dialéctica existe otra tensión, entre la pseudo-glorificación de la "mujer" y enseñanzas y prácticas degradantes respecto a mujeres concretas. La segunda tensión de opuestos es un efecto de la primera. Su existencia refleja la conciencia molesta de que "algo anda mal", y revela una respuesta inauténtica ante aquella conciencia. La glorificación simbólica de "la mujer" surgió en lugar del reconocimiento de plena dignidad y de iguales derechos... (Mary Daly, The Church and the Second Sex).

Sobre la base de la idea de la Iglesia como comunidad sanadora, en este trabajo se parte de la crítica feminista sobre la imagen dicotomizada de la mujer, haciéndose luego un análisis psicológico de ciertos aspectos de tal problema en el escenario hispanamericano.

En la segunda parte se describe el desafío de la Iglesia en caminos de responsabilidad y oportunidad para la maduración, el testimonio y el servicio. Luego de señalarse algunos alcances de la contribución hacia la humanización de hombres y mujeres, se destacan posibilidades específicas para la acción congregacional.

I. LA OCASION DE NUESTRO TEMA

A. Comunidad sanadora y "Feminismo"

Este trabajo presenta una aplicación de nuestras consideraciones sobre la Iglesia como comunidad terapéutica (1) a la problemática de la llamada liberación femenina. A fin de confirmar la perspectiva de nuestro punto de partida, incluimos a continuación la síntesis de aquellas reflexiones.

1. La reconciliación mediante Jesucristo, acceso a la

nueva creación y nueva humanidad, es el motivo y el modelo del carácter terapéutico de la comunidad cristiana. Esta comunidad-en tanto cuerpo de Cristo, participante de su naturaleza y de su misión-esta llamada a ser la comunidad terapéutica por excelencia.

2. La disciplina de la reconciliación es el ingrediente esencial de la Iglesia como comunidad terapéutica. Con frecuencia se confunde al Reino con los beneficios secundarios del Reino, enfatizándose las bendiciones "positivas" ("las cosas que serán añadidas") y subestimándose y omitiéndose las negativas (el "yugo" y la "carga" del discipulado). Esta situación refleja la ideología del éxito por encima de la Gracia, y de la "paz en el alma" en lugar de la integridad.

3. El carácter terapéutico de la comunidad cristiana- en función de la salvación o salud como don y voluntad de Dios se realiza y se evidencia integralmente: en las experiencias y actividades "espirituales" como en las relaciones y en el servicio en los otros ordenes de la vida.

4. El carácter terapéutico de la comunidad cristiana se puede concretar tanto en el seno de la comunidad misma, como en su interacción con la sociedad y el mundo. La iglesia no sólo habla o testimonia de la salud, puede ser una comunidad saludable y salvadora en la medida que la presencia del Espíritu este en su medio.

Ahora cabe preguntarnos: ¿Hay lugar en este contexto para un feminismo cristiano? Veamos. Se llama feminista a la persona que está en favor de la igualdad en dignidad de hombres y mujeres y la promueve, quien práctica y proclama el trato de la mujer primordialmente como ser humano y quien -obrando de tal forma- consciente y voluntariamente contraviene o entra en conflicto con costumbres, valores y actitudes sociales. Ocorre que éste es precisamente el caso de Jesucristo: No solamente faltan por completo en su ministerio indicios de que El siguiera la corriente claramente discriminatoria del contexto social de su tiempo. Abundan además los casos en el sentido contrario: la palabra y la acción afirmando la igualdad en cuanto a necesidad y dignidad esenciales entre los sexos, sin preocuparse por la violación de las convenciones sociales imperantes en Palestina. Por otra parte, el hecho mismo de que los cristianos primitivos recogieran, conservaran y transmitieran

este aspecto del testimonio en los evangelios, es de por sí significativo. Lamentablemente no podemos ahondar en estas consideraciones por falta de espacio y además hay otro trabajo dedicado a las fuentes bíblico-teológicas en esta consulta.

No quisieramos ser identificados meramente con el movimiento de proliberación femenina. Sin embargo, mucho de lo que se propone por allí es sólo un cambio de signo en el problema de la dominación-sumisión, que en el fondo no cambia gran cosa. Además de ese contenido cuestionable por lo parcial, existe también en muchos una actitud de revancha y de cinismo incompatibles con el espíritu de servicio y de justicia que se inspiran en Jesucristo. Por otro lado, es evidente que a pesar de los factores indeseables dentro del movimiento feminista secular, este esta contribuyendo a despertar conciencias, cuestionando la tan generalizada "ciudadanía de segunda clase" de una enorme proporción de la población femenina en nuestra sociedad.

Una rápida mirada a los escritos recientes sobre la mujer y la feminidad, revela de inmediato -entre otras cosas- la presencia reiterada de afirmaciones relativas a la imagen tradicional, dicotomizada y "cristiana" de la mujer. Es el caso de la literatura proveniente del movimiento de liberación femenina como así también de los numerosos escritos realizados por cristianos identificados como tales, particularmente católico-romanos (2). La imagen y el estereotipo de la mujer como ser débil, dependiente, hiperemotivo, intelectualmente pobre, son hoy fuertemente cuestionados. También así como el modelo de la seductora que conduce al hombre a la ruina (Eva) o el ideal inalcanzable que combina a la virgindad y la maternidad, con la docilidad frente a la voluntad masculina (María) (3,4).

La mal llamada "revolución sexual" ha contribuido a perpetuar el dualismo recién señalado en una forma muy peculiar: la dicotomía expresada en términos de clases de mujeres ha sido parcialmente reemplazada por una disociación intrapersonal como compartimientos conflictivos dentro de la mujer "moderna", incrementando las presiones, la confusión y la frustración:

En la era victoriana, antes de la "emancipación sexual",

la mujer virtuosa y la prostituta eran separadas y distintas... La liberación echaría por tierra la cruel dicotomía de sexo y virtud, pero - en lugar de eso- después de la "mancipación" los roles fueron mantenidos y combinados. Ahora una mujer -para retener a su marido- debe actuar de las dos maneras, -como prostituta y ama de casa, como amante y como madre-... Nuestro placer y feminidad siguen siendo definidas por lo que los hombres quieren de nosotras (5).

...la revolución sexual que liberó a las mujeres de la moralidad victoriana... nos exhortó abiertamente a prostituirnos en nombre de la Nueva Moralidad. Hemos llegado a darnos cuenta de que solo se trata de un eslabón en la cadena del abuso de que hemos sido víctimas a través de la historia patriarcal... (6).

B. Aspectos del escenario Hispanoamericano

Las categorías de Eva y de María, secularizadas en términos de seductora y de madre, son presentadas en una amplia variedad de formas. Ya sean desde un tema harto frecuente de los tangos y de otras piezas de folklore musical y literario, hasta el insulto más común, a veces condimentado con un poco de humor (7). Las expectativas ambivalentes respecto a las mujeres durante la adolescencia, y los conflictos de los padres que tratan de cooperar en este sentido, expresan sin duda la influencia de pautas culturales que refuerzan una imagen disociada de la mujer: por una parte, la figura de la madre es idealizada y sobrevalorada en forma consistente desde la temprana infancia, y venerada cada año en el "día de la madre". Por otro lado, el "aspecto sensual" de la mujer como objeto "hipersexuado" es enfatizado unilateralmente en un contexto diferente. Los varones son condicionados a separar amor y sexo y a temer al primero y condenar (pero deseándolo) al segundo en la mujer. Muchísimos hombres llevan a la práctica concreta la disociación "amando" a sus esposas con ternura y respeto, y "haciendo el amor" con sus amantes, con pasión. Las prácticas de relaciones especiales entre los sexos y el noviazgo en particular -con diferentes expectativas y exigencias para muchachos y muchachas- y la frecuente "iniciación sexual" con prostitutas o mujeres promiscuas, proporcionan mucho material ilustrativo por cierto.

En algunas subculturas, la clasificación de "mala" (aunque atractiva) "buena mujer", prevalece claramente. En las zonas con mayor sofisticación cultural, la situación relativa a la imagen de la mujer corresponde al cuadro y a las implicaciones de la llamada revolución sexual antes mencionada: se espera que las mujeres funcionen como amantes o como buenas amas de casa en los momentos oportunos, para agrandar y satisfacer a los hombres. Lo irónico del asunto es que -en ambos casos- aun cuando se considere a las mujeres como seres débiles y pasivos, se las tiende a señalar como las últimas responsables del fracaso o del éxito de los hombres (aunque en este último caso es el hombre quien tiende a conseguir el mérito).

Debe notarse que los status y roles de los varones en América Hispana en general, presentan algunas características peculiares, comprensibles a la luz de la herencia cultural islámica a través de España. Así lo ha señalado enfáticamente el historiador Americo Castro, por ejemplo (8): el Islam no fue meramente una influencia importante en la vida y en la tradición de la península ibérica por unos nueve siglos, sino que un nuevo estilo de vida surgió del encuentro de la cultura islámica con las civilizaciones existentes, y en particular con las comunidades religiosas cristianas y judías. El mismo lenguaje, oral y escrito, refleja aquella herencia con mas de cuatro mil palabras y expresiones derivadas del árabe. En el plano de las relaciones interpersonales, además, muchos de los "rituales" sociales adquieren mayor sentido cuando se los comprende en el contexto del intercambio con los musulmanes, como muchas de las reglas de cortesía. Algunos de los rasgos de la personalidad social comunmente adscritos a los españoles y a los hispanoamericanos, aparentemente también pueden asociarse con la contribución islámica: intensa autoestima y confianza fatalista en la voluntad divina; individualismo y egocentrismo (los españoles fueron muy lentos e ineficaces en la exploración de otras culturas y pueblos, aun aquellos que ellos mismos conquistáran); resistencia a aceptar la autoridad; vida social expresada en y condicionada por coincidencias emocionales más que por pautas de pensamiento. Esto podría arrojar cierta luz sobre la presencia de los líderes autocráticos y mesiánicos, los caudillos. Algunas palabras árabes expresan el sentido de las obras grandes y maravillosas como las hazañas de los héroes legendarios, los hijodalgos. También una de las acepciones de la palabra verguenza se refiere a la virtud del honor, dignidad y coraje, decisión de luchar aún sabiendo que



la derrota es segura. Esto se aplica a los hombres combinando con la idea de no participar en las tareas "inferiores" como las labores manuales. Los españoles transportaron su estilo de vida - con su bagaje de tradiciones y prejuicios- a las Indias Occidentales. En algunas áreas del campo llegaron a desesperarse al ser confrontados con la necesidad de realizar muchas tareas con sus propias manos y sin la ayuda de sirvientes, después de haber soñado con la obtención de más honor y señorío.

La supuesta superioridad de los hombres -que ha sido rasgo muy característico de la cultura hispanoamericana- es particularmente interesante en medio de este cuadro. La tradición cristiano-católica de la comprensión del rol y del valor de la mujer -y especialmente la imagen disociada de "Eva" (objeto sexual, tentadora) y María (la santa, la dama en el pedestal)- parece haberse combinado con las creencias y las prácticas islámicas acerca de las relaciones entre los sexos.

1. Tradicón Católica: Subordinación de la mujer en la Creación y en la caída. La mujer como el "vaso frágil" (roles auxiliares, dependencia). Dicotomía Eva-María. El sexo como mal menor dentro del matrimonio. Aceptación implícita de un patrón doble y discriminatorio en el comportamiento y en la moral sexual, etc.

2. Tradicón Islámica: Status inferior de la mujer en la familia y en la sociedad (poligamia, discriminación sexual, aislamiento y reclusión de la mujer, etc.). El hombre como el amo indiscutido: la mujer como objeto de placer y medio de reproducción.

Un estudio detallado de esta integración cultural (incluyendo desde luego a la cultura indígena nativa y su contribución peculiar) podría ser una fuente provechosa para la comprensión del llamado "machismo" como tipo de chauvinismo varonil. Dicho machismo estaría integrado por fascismo sexual y la exaltación de la mayoría de los rasgos de carácter antes mencionados como vergüenza, hidalguía, agresividad, dignidad y honor, hombría de bien. En nuestra comprensión, todo esto constituye un lamentable ejemplo de sanción religiosa-combinada y fortalecida- de la discriminación contra la mujer en nuestro medio (aunque ni el machismo ni la sanción religiosa son exclusivos de Hispanoamérica).

A pesar de que los evangélicos no nos hemos referido tanto a María como modelo de feminidad, también hemos cooperado en el establecimiento de la dicotomía "tentadora-madre". Por

ejemplo al sobreenfatizar los pecados del sexo (en detrimento de la debida consideración de otras formas de deshumanización) y al concebir a las mujeres como más responsables que los hombres en los dos sentidos. En el comportamiento sexual para evitar el pecado y el ser ocasión o causa de pecado, y -en el hogar y en la educación de los hijos- para ser más activas y estar más presentes.

C. Una Interpretación Psicoanalítica

Proponemos ahora algunas líneas de pensamiento para apreciar psicológicamente a la imagen dicotomizada de la mujer y sus implicaciones, desde una perspectiva psicoanalítica:

Ya a comienzos de siglo Sigmund Freud llamó la atención sobre la importancia de la integración de los ingredientes de ternura y de sensualidad en el amor heterosexual de las personas psicológicamente maduras. En efecto, él consideraba esto como un pre-requisito importante -y también como una señal y un fruto- de la madurez emocional (9). Su concepción de la genitalidad, frecuentemente mal interpretada, involucra no solamente la búsqueda de placer sexual y libertad individual, sino también la voluntad para relacionarse plenamente con el otro sexo, incluyendo mutualidad y generatividad respecto a los vínculos familiares y sociales. Para Freud y para la mayoría de los psicoanalistas, la resolución del llamado complejo edípico resulta ser la condición sine qua non para obtener la salud mental básica y la madurez emocional. La manera como los padres asumen su propia sexualidad (o su identidad sexual) en interacción mutua, así como la calidad de las relaciones con sus hijos, es el ingrediente fundamental de la identidad sexual de los hijos de ambos sexos, incluyendo por cierto las actitudes hacia el sexo complementario (¿por qué seguir hablando de sexos "opuestos"?). Algunos problemas especiales como la impotencia -y la frigidez (10)- en la relación marital, la homosexualidad psicológica y otras desviaciones sexuales, y la doble relación heterosexual; -con el tipo materno y con el tipo amante- son interpretadas generalmente en directa conexión con el conflicto

familiar edípico del paciente. Lamentablemente, importantes elementos de las dimensiones de condicionamiento socio-cultural han sido con frecuencia dejados de lado por los psicoanalistas. Con respecto a la homosexualidad femenina, por ejemplo, la psicóloga clínica Phyllis Chesler hace una afirmación importante relativa a nuestro tema:

Las mujeres pueden ser aceptadas por los hombres -homosexuales o heterosexuales- como siendo o "corazón" o "sexo", como o "cerebros" o "sexo", como o "madre" o "sexo". Raramente las mujeres son aceptadas como seres emocionales, intelectuales y sexuales al mismo tiempo. Así se entiende por que las mujeres encuentran difícil poder desarrollarse en las tres áreas: ¿con quién las compartirían? Las lesbianas, particularmente las lesbianas feministas que están procurando superar su auto-rechazo, su timidez sexual y sus roles según el modelo heterosexual, sienten que hoy por hoy sólo las mujeres pueden ser esposas, madres, hijas, hermanas, amantes de la mujer como ser humano (11).

La escuela inglesa de psicoanálisis (12) ha continuado con el estudio de -entre otras cosas- los mecanismos defensivos inconscientes del yo, en una manera que resulta muy útil para la comprensión de la imagen disociada de la mujer. Precisamente, la disociación es entendida como el recurso defensivo inconsciente por excelencia, por medio del cual la experiencia queda cortada o dividida en dos. Así encontramos en términos de blanco y negro o bueno o malo, y el objeto de la percepción y los sentimientos resulta también dividido como si la realidad misma proveyese una base clara para esa forma de categorización. Así es como para tanta gente las mujeres se clasifican en tiernas y maternas o seductoras-amantes, y cosas por el estilo.

La disociación implica el uso de otras defensas para ser realmente efectiva: la idealización del lado "bueno", enfatizándose unilateralmente las cualidades positivas; la desvalorización del lado "malo" o "negativo" -a través de la selectividad- de los elementos contradictorios dentro de las distintas clases de objetos, o lados del mismo objeto. Estas son

defensas contra ansiedades, temor, vergüenza, o culpa, que serían experimentados si desapareciera la dicotomía o disociación. Al ser recursos inconscientes, constituyen expresiones de los que Freud denominó "omnipotencia del pensamiento" y pensamiento mágico. El mero hecho de adscribir a las mujeres ciertas características en términos de estereotipos es implícita y secretamente suficiente para dar cuenta de tales rasgos, que son percibidos como reales. Con la gran ventaja de no hacernos responsables por la "mala fe" envuelta en las defensas mentales inconscientes. Por ejemplo, la idealización de la madre la hace a ella casi perfecta y la separa -mágicamente- del resto de las mujeres. Además ayuda a la persona en cuestión (al hijo, o al marido, por ejemplo) a sentirse bien porque es capaz de darle a "las mujeres" el lugar que les corresponde. El problema en este caso es que la idealización muy pronto incrementa el riesgo de la frustración en ambas partes, porque la persona idealizada simplemente es incapaz de conducirse de acuerdo al pedestal en que ha sido ubicada. Por otra parte, los sentimientos de culpa que así se generan, la disociación interna de aquél que ha idealizado, etc., son apenas algunas de las consecuencias de este tipo de transacciones. Obviamente, hay una gran variedad de posibilidades individuales. De todas maneras, la situación resulta ser mucho más compleja cuando se la analiza en el contexto de las relaciones interpersonales en el escenario de un fuerte condicionamiento cultural. El análisis transaccional ha provisto una colorida descripción e interpretación de muchos de los juegos sociales mediante los cuales la gente tiende a evitar confrontarse con la realidad, a esconder sus motivaciones y objetivos y a racionalizar sus procedimientos o eludir la participación concreta (13). Particularmente vinculados a nuestras consideraciones encontramos a muchos de los juegos maritales y sexuales. La idea generalizada es que personas de ambos sexos tienden a usarse recíprocamente en forma deshonestamente, y en muchos casos en nuestra cultura el agente resulta ser la mujer (14). En otras palabras, individuos de ambos sexos aparecen cómplices en el círculo vicioso de la manipulación y frustración y progresiva alienación. El carácter destructivo de aquellas transacciones sexuales puede ser reconocido con toda facilidad.

La imagen disociada de la mujer constituye un caso especial, aunque a veces sutil, de violencia psicológica. Directamente, porque comparte los rasgos despersonalizantes y distorsionantes

de los estereotipos y prejuicios, como ha sido demostrado reiteradamente en el caso del racismo. (Es interesante destacar, al pasar, que a otros objetos de prejuicio -los indios, los campesinos, ciertos grupos étnicos- también se les achacan los rasgos de irracionalidad, el ser muy apasionados o hipersexuados, "peligrosos"). La violencia psicológica es también indirecta porque las imágenes de la mujer motivan y refuerzan la discriminación y muchas formas de manipulación y explotación verbal y también actuada (desde el lenguaje groseramente agresivo hasta la violencia física, perversamente sado-masoquista).

II. MAS ALLA DE LA "LIBERACION FEMENINA"

A. Nuestro Desafío

La imagen disociada de la mujer en nuestra cultura es todavía un problema importante en cuya subsistencia cristiana ha jugado un papel especial, comenzando con los Padres de la Iglesia a partir del siglo segundo de nuestra era (15).

Aquella dicotomía, en realidad, es una expresión más de la tendencia a dividir y separar, alimentada por la tradición de una ideología dualista (cuerpo-alma; carne-espíritu; intelecto-sentimientos; religioso-secular, etc.). Y la imagen disociadora y despersonalizante de la mujer es una expresión particular de violencia psicológica directa e indirecta.

La fe cristiana desafía radicalmente este estado de cosas en su llamado a la integridad y a la vida comunitaria según la Gracia y la Justicia de Dios. Sidney C. Callahan lo señala justamente:

Solamente cuando Eva, María, y el resto de las mujeres recobren su identidad primaria como seres humanos relacionados con Dios y con la comunidad humana completa, podrá ser restaurada el ideal cristiano de la mujer es Jesucristo, y su primera obligación hacer la voluntad de Dios; "en Cristo ya no hay... varón ni mujer..." La revelación de igualdad y libertad descrita en el Génesis alcanza su plenitud en Cristo (16).

A la luz de su propia vida y de sus enseñanzas, también podemos afirmar seriamente que en Cristo no hay ni Eva ni María como expresiones de polarización y discriminación. Y esto nos conduce a contemplar a la Iglesia, cuya naturaleza y misión resultan ser -precisamente- la naturaleza y misión de Jesucristo mismo. Resulta claro que la Iglesia tiene frente a sí un desafío insistente con respecto a la imagen de la mujer. Como una comunidad sanadora o terapéutica, su respuesta deberá focalizarse hacia sí misma y también en relación con su misión en el seno de la sociedad, siempre en el contexto de su consagración y fidelidad a Jesucristo en el discipulado. A continuación compartiremos algunas consideraciones generales básicas sobre la responsabilidad y la oportunidad de testimonio y servicio, como así también de maduración propia. Estas reflexiones culminarán con algunas pautas aún más específicas para la acción congregacional.

1. En primer lugar es preciso revisar y evaluar nuestra propia tradición respecto a la sexualidad y a la femineidad, en conexión con la implícita -y a veces explícita- sanción del mito de la superioridad masculina y las imágenes estereotipadas de la mujer. Esto habrá de incluir autocrítica y confesión de infidelidad, dado que hemos participado (y, como hombres, hemos sacado ventaja) de la visión "occidental y cristiana clásica respecto a la mujer en particular. Probablemente no hayamos sido suficientemente sensibles frente a la violencia emocional, mental y moral en este sentido.

Necesitamos desarrollar una comprensión más rica de la vida humana y especialmente una visión más saludable (es decir, más bíblica!) de la sexualidad y de la interdependencia hombre-mujer. También debemos aprender juntos nuevas maneras de relación y cooperación entre personas de ambos sexos. Esto incluirá la definición de roles, con aceptación y respeto mutuo y en función de una mejor comprensión de la reconciliación que Cristo hace posible, y de la libertad para el servicio en Él. La comunidad cristiana podrá entonces desafiar no solo los status y roles adscritos por la cultura en la medida en que resulten discriminatorios, alienantes y opresivos, sino también ella podrá poner a prueba las presuposiciones subyacentes tanto como a los criterios con que se clasifica y categoriza a la gente. Sin lugar a dudas, también hace falta una mayor consistencia con respecto a la

disciplina y a las normas y principios relativos a la sexualidad en particular.

2. La Iglesia está llamada a constituirse también en una fuerza verdaderamente liberadora, a través de su rol de confrontación de la cultura y la sociedad, a manera de conciencia redentora. La proyección cultural de ciertas imágenes femeninas, y la internalización por la mujer de esas perspectivas parciales y distorsionadas de su identidad y de su potencial humano, constituyen un instrumento fundamental de frustración y limitación deshumanizante: "El principal enemigo de la mujer es... su propia internalización de esas imágenes limitadoras" (17).

Al mismo tiempo que afirmamos la integridad personal como don y voluntad de Dios y como reflejo de su propia integridad, nos confrontamos con valores culturales incompatibles con aquella. El desafío ante nosotros resulta, pues, doble. ¿Hasta qué punto nuestra experiencia y nuestro programa congregacional reflejan en alguna medida valores y actitudes opuestas al Evangelio?, y ¿cuál es nuestra respuesta a la sociedad en cuyo seno tales valores y actitudes continúan teniendo vigencia? El cuadro siguiente (18) es sólo un ejemplo de la disonancia entre ciertas pautas del Reino y de la cultura, respecto a los sexos:

<u>Valores Culturales</u>	<u>Valores del Reino</u>	<u>Valores Culturales</u>
Expectativas para el hombre:		Expectativas para la mujer:
competir, en pro de la superficialidad sexual e individual	cooperar sobre la base de la dignidad humana de todos.	aceptar, sobre la base de la dependencia/inferioridad respecto al hombre.
ganar dinero, como medio de éxito y autorealización	compartir, con espíritu compasivo y servicial.	consumir, para ser atractiva y lograr seguridad.
relativa dependencia respecto a la mujer y al hogar	interdependencia (procurando y haciendo posible la contribución de	relativa dependencia respecto al hombre.

todos.

uso del poder y de la fuerza.

búsqueda del bien del otro, sin manipulación. Recon-
ciliación.

predominio de la "mente".

Ser fiel y solidario afirmando la personalidad completa, en

todos.

En particular no puede menos que denunciarse el hecho de que las mujeres sean tratadas como objetos para ser manipuladas de una u otra forma, por eso degrada y explota. Pero es preciso afirmar también y apoyar las alternativas mejores hacia la humanización de las mujeres y de los hombres. Algo que debe notarse, por ejemplo, es que no sólo la comunicación masiva y su apoyatura materialista, consumidora, individualista es la responsable del deterioro sexual que es notable percibir. Un ejemplo la psicología misma -que puede ser tan opor-
tante como la religión- ha hecho también una contribución importante a la discriminación contra las mujeres, con serias implicaciones para la educación. Todavía se mantiene una concepción de la salud mental y de la madurez emocional centrada en el hombre, así como muchas discriminaciones a nivel de la terapia.

Es evidente que estamos en presencia de un caso típico de lo que podríamos denominar "la tercera posición" del Evangelio: ni sancionando en forma conservadora los aspectos culturales opresivos y deshumanizantes, ni apoyando en forma ingenua o irresponsable el mal llamado feminismo radical. Precisamente radical es el Mensaje que juzga y redime y reconcilia en todos los planos y las áreas de la vida, y que curiosamente- nunca resulta popular o "de moda". Nuestro desafío siempre encierra el compromiso de fidelidad en el marco de la terapia radical de Dios, más allá del mero feminismo.

B. Pautas para la acción

Afirmábamos antes la responsabilidad y el desafío

frente a la Iglesia en una dimensión doble: interna o de la propia comunidad cristiana, y externa o del testimonio y servicio hacia la sociedad. En ambos casos hay lugar para diversas acciones y servicios, en función de los problemas específicos y las posibilidades concretas de las congregaciones:

1. Desarrollo de las potencialidades personales a través de la vida y del programa de la congregación.
 - a. Estudio bíblico como fundamento para enfrentar las realidades socio-económicas cambiantes.
 - b. Ejercicio consecuente y en el Espíritu de Cristo, de la disciplina congregacional.
 - c. Educación cristiana actualizada y relevante en función de las características y necesidades locales.
 - d. Autoevaluación: discernimiento de los dones del Espíritu en el marco de la experiencia del Cuerpo de Cristo.
 - e. Recursos de orientación sexual y vocacional para niños, adolescentes, jóvenes, parejas.
 - f. Grupos de estudio y/u orientación pre-matrimonial.
 - g. Grupos de estudio y/u orientación para matrimonios y padres.
 - h. Programas de servicio para diferentes edades.
 - i. Evaluación de enseñanzas y actitudes respecto a los miembros solteros, especialmente las mujeres (ver más abajo).
 - j. Consejo y cuidado pastoral y otras tareas de asistencia en tiempos de crisis y decisión (conflictos interpersonales, planificación familiar, trabajo y dinero, noviazgo, etc.).
 - k. Otros...

2. Acción destinada a la eliminación de fuentes de frustración y discriminación, y a promover condiciones humanizantes en la sociedad.

- a. La palabra evangélica como aporte concientizador. Señalamiento de diversos problemas sociales (discriminación sexual, ~~...~~ tación física, psicológica, moral, etc.).
- b. Apoyo a planes y programas tendientes a mejorar la situación vocacional y de trabajo de hombres y mujeres.
- c. Servicio de orientación médica y psicológico-pastoral para individuos, parejas, matrimonios, padres; y de referencia hacia otros centros de asistencia u orientación.
- d. Atención y cuidado de niños cuyas madres trabajan fuera de casa (incluyendo la posibilidad de establecer "nurseries" o "jardines").
- e. Programas de recreación, especialmente para niños y adolescentes de ambos sexos.
- f. Otros...

Como en todo proceso de maduración y de sanidad y restauración, los cambios relativos a la imagen y a la situación de la mujer (dentro y fuera de la Iglesia, dentro y fuera del matrimonio y de la familia) producen cierta resistencia y dolor. Muchos intereses resultan amenazados, y se despierta también culpa y ansiedad, no sólo entre los hombres sino también entre las mujeres (por la seguridad que ofrece el pedestal, la menor responsabilidad por ser consideradas más débiles, etc.) Nuevos conflictos y tensiones aparecen sobre la superficie. Sin embargo, no podemos menos que atrevernos a ayudarnos mutuamente para liberarnos todos hacia la vida en comunidad y el crecimiento en la humanidad plena, en el Señor.

